

Érase una vez Garriga

GARRIGA VELA ES EL ESCRITOR TRANQUILO.

Va poniendo dinamita a la realidad y entre la devastación, allí donde los demás sólo alcanzarían a ver cascotes, él, pacientemente, saca sueños. Y parece que los saca ya cristalizados. Como los diamantes. «Nunca he estado en América». Así comienza *Muntaner*, 38. Para mí así empieza el mundo literario de Garriga Vela. Él escribe novelas de gente que nunca ha ido y que nunca irá a América. Es el tema principal de sus libros. Quizá sea el tema principal de la literatura, sólo que él lo lleva a su terreno. Los desilusionados, los que sueñan en secreto, los que tienen una vida detrás de la vida. América es la Ítaca del siglo XX, desde Kafka hasta los propios americanos, Fitzgerald, Faulkner o Mailer, que no hicieron otra cosa que buscar América en el corazón de América. La plenitud, lo imposible, la libertad o el futuro. No son paraísos perdidos, son paraísos que nunca existieron.

América, el cine, los libros y la penumbra. También la mentira y el modo de coserla a los dobladillos de la verdad. Ahí está el mundo de Garriga Vela. El misterio, las puertas entreabiertas. Me han dicho que escribe en penumbra, quizá lo hace para volcar toda la luz de la habitación y de la casa en las páginas de sus libros. Quizá está proyectando en la pantalla del ordenador su propia película. Proyectándola o rodándola. *Erase una vez América*. La infancia en la calle, el amor del adolescente por una diosa de ojos dulces y turbios, los amigos y la soledad, los sueños corrompidos por la vida, que al cabo quizá no sea más que un sueño más.

Sólo tuvimos un paraíso y una fruta prohibida. Aquellos que

nacieron del corazón de la literatura. Garriga Vela conoce el secreto. Todas las frutas se pudrirían lentamente en sus árboles si un hombre no imaginase una mujer y un pecado. Todos deseamos a Cristina Moslares, todos habitamos en esa planta baja de calle Muntaner que estaba tan lejos del mundo, y vendimos rosas por las noches de la ciudad. Todos viajamos en trenes nocturnos para reunirnos con algún muerto y fuimos títeres en manos de impostores. Barcelona y Nueva York. La rosa y su perfume, el corazón de viento. Todos hemos vuelto a ser inocentes y todos atravesamos las estepas blancas de Rusia enrolados en una División Azul imposible y atrás dejamos nuestras pisadas en la nieve congelada como Garriga Vela, de modo indeleble, deja su huella en las páginas blancas de los libros, en la pantalla parpadeante de su ordenador o en la memoria de quienes lo leemos. El olor de la rosa vendida se queda en nuestra mano, más real que el olor de todas las noches y todas las rosas, Barcelona es una ciudad a orillas del Mediterráneo, y también es otra ciudad, la que él inventó, a orillas de la imaginación. El escritor tranquilo cumple su sueño. Cerramos el libro. Existen para siempre otro mundo y otro paraíso. Hemos estado en América.

ANTONIO SOLER